



Amador Fernández-Savater
*Habitar y gobernar. Inspiraciones
para una nueva concepción política*
Barcelona, NED Ediciones, 2020, 384 pp.

Pedro Yagüe
Instituto de Investigaciones Gino Germani
Universidad de Buenos Aires
yague.pe@gmail.com

En *Habitar y gobernar. Inspiraciones para una nueva concepción política*, Amador Fernández-Savater se detiene en el análisis de un hecho de significativa actualidad teórica y coyuntural: el desacople que existe entre los cuerpos y sus imágenes de cambio. Este desfase es una manera más de nombrar la separación histórica entre lo que se vive y lo que se piensa, entre el afecto y la razón, entre los cuerpos que somos y las imágenes con las que nos pensamos. Fernández-Savater señala que esta distancia repercute directamente en el modo en que se organiza nuestra experiencia y nuestra percepción. En tanto son inseparables del entramado en el que existen, las imágenes sociales son para Fernández-Savater desde un principio, y necesariamente, históricas. Es a través de su especificidad que establecemos una relación con los demás, con la naturaleza y con nosotros mismos. También con el pasado, con el presente y con el futuro.

Fernández-Savater se detiene en esto último a la hora de pensar el modo en que nos representamos la transformación social. ¿Con qué imágenes pensamos el cambio, la posibilidad de un futuro deseable en el que nos podamos ver involucrados? ¿Qué relación existe entre las experiencias concretas de lucha y las imágenes con que nos representamos la transformación social? El punto de partida, claro está, es un diagnóstico de época: no contamos con imágenes nuevas para pensar un mundo

diferente al que tenemos. Hay una distancia entre los conflictos sociales y la racionalidad con que los pensamos; un desacople entre las relaciones históricas del presente y las imágenes referidas al cambio social. Desacople que, necesariamente, repercute en la eficacia de la acción política.

Pero esto no implica una ausencia. Fernández-Savater es claro: no carecemos de imágenes, sino que estamos saturados de ellas. Nos encontramos sofocados por las narrativas del siglo xx. Deambulan entre nosotros imágenes muertas, que asustan y congelan, que producen un efecto aterrador. Fernández-Savater las llama imágenes-zombies. Ellas son una mediación mistificada, algo que organiza la experiencia y la percepción a partir de un principio externo, trascendente. En este caso, Fernández-Savater se detiene en las imágenes-zombies referidas al cambio social, aquellas que apartan a los sujetos de las situaciones concretas en las que se encuentran.

Esta operación zombie produce un efecto doble: al mismo tiempo que anestesia la sensibilidad genera un desacople entre los cuerpos y sus imágenes del cambio. La imagen-zombie produce un efecto escindente, separa a la experiencia concreta del modo en que la pensamos. De esta manera, se pierde la sensibilidad común, la experiencia colectiva, como motor efectivo de la acción política. Por eso, señalaba antes, su relación con la ineficacia. De allí también que Amador relacione este desfase con una impotencia, con un malestar. Malestar que, lejos de ser un punto de llegada, aparece en su razonamiento como un punto de partida. De lo que se trata sería de politizarlo, de materializar esa incoherencia sentida con las imágenes que tenemos.

Para avanzar sobre este punto podríamos realizar un breve rodeo por la filosofía de León Rozitchner. Son muchas las afinidades entre los desarrollos de Fernández-Savater y los del filósofo argentino, sobre todo aquellas referidas a la relación entre la experiencia política de los sujetos (concebidos en Rozitchner como absolutos-relativos) y el modo en que estos piensan la transformación social. Con la noción de absoluto-relativo, Rozitchner recupera la vivencia íntima que cada uno tiene como sujeto, aquello irreductible a los otros, pero vinculándolo con el entramado histórico y económico (las relatividades) que lo constituyen como tal. Asimismo, cada sujeto forma parte de un intercambio continuo y material con el mundo al que pertenece. De modo que el absoluto-relativo establece relaciones incesantes con las relatividades que lo constituyen como tal y, por lo tanto, tiene una experiencia directa de ellas.

En este sentido —y aquí empieza a aparecer el vínculo con el pensamiento de Fernández-Savater—, Rozitchner diferencia cuatro niveles de experiencias vividas que el cuerpo histórico tiene de las relatividades con las que establece un necesario intercambio. El primer nivel se refiere a la vivencia inmediata que el sujeto tiene con respecto al mundo. Es la repercusión más afectiva que experimenta el cuerpo, resultado del constante contacto que establece con él. Rozitchner menciona un segundo nivel a partir del que esa experiencia histórica vivida es asumida por la consciencia reflexiva. Por ejemplo: es el pasaje de la sensación del frío a la conciencia del sujeto capaz de decirse a sí mismo “tengo frío”. Este segundo nivel proporciona una distancia con

respecto a la experiencia inmediata y afectiva del cuerpo. El tercer nivel mencionado por Rozitchner es el de lo simbólico y correspondería a la comunicación explícita con los otros. Manteniendo el ejemplo, este nivel aparecería cuando un sujeto le comunica a otro que tiene frío. Este también implica una distancia mayor con respecto a la experiencia vivida. El cuarto y último nivel sería el de la lógica, el de la formalidad abstracta, sin ninguna relación con la repercusión afectiva del cuerpo a partir de su experiencia inmediata en el mundo. Sería la capacidad racional de comprender el frío como fenómeno físico.

Una vez diferenciados estos cuatro niveles, Rozitchner distingue dos procesos que nos servirán para comprender el problema planteado por Fernández-Savater: la constitución y la verificación. El primero de ellos constaría en el camino que va desde la experiencia vivida del cuerpo hasta el orden de lo lógico, pasando por los niveles intermedios. Es el proceso por el cual la vivencia del sujeto, su propia afectividad, encuentra un canal por el cual expresarse en términos abstractos. La verificación, por el contrario, implicaría el camino inverso. Es el proceso por el cual se busca actualizar en la vivencia del cuerpo aquello que la conciencia reflexiva y la lógica presentan como un saber dado. En este sentido, el proceso de verificación busca, en última instancia, constatar en la afectividad del sujeto el sentido de verdad que se esconde detrás de cada saber. No hay verdad para Rozitchner sin una experiencia personal que la verifique en el cuerpo.

Terminado el rodeo, retomemos el punto en el que nos habíamos quedado. Fernández-Savater plantea un desacople entre los cuerpos históricos y las imágenes que ellos tienen del cambio social. Este desacople, comprendido a partir de las imágenes-zombies, es productor de un malestar que Fernández-Savater reconoce como el punto de partida de la acción política. Es un malestar susceptible de ser politizado, es decir, de materializarse en luchas sociales concretas. Podríamos pensar a este punto de partida que señala Fernández-Savater —ya habiendo realizado el rodeo por Rozitchner— como la posibilidad de un doble juego de verificación y constitución. Se trata de verificar en nuestra experiencia las imágenes y narrativas referidas al cambio social, actualizar en la vivencia del cuerpo aquello que la conciencia presenta como un saber político. En este sentido, podríamos pensar que no hay imagen viva (es decir, no zombie) sin una experiencia personal y colectiva que la verifique en un cuerpo. La verificación es la única manera de conocer, y por lo tanto asumir, el desacople al que se refiere Fernández-Savater. La constitución, por el contrario, busca trazar un sendero que vaya desde la experiencia vivida hasta la creación de nuevas imágenes comunes. Este doble proceso podría pensarse como un combate contra la abstracción, como una lucha permanente contra las imágenes-zombies. Por eso, la idea de politizar el malestar iría de la mano con este doble juego de constitución y verificación de las imágenes del cambio.

Ahora bien, este proceso no debe ser pensado como consecuencia de un voluntarismo individual. No se trata de buscar imágenes vivas, sino de encontrarlas. El

doble proceso de verificación y constitución no es algo que un sujeto decide asumir de manera solitaria, sino que es el resultado permanente de las luchas sociales en curso. Fernández-Savater advierte el germen de toda praxis en la creación de una nueva imagen común a partir de la ruptura con las imágenes-zombies. La transformación de las relaciones sociales y del sujeto mismo que en ellas se ve implicado, aparece como algo impensable sin la introducción de una nueva imagen en lo real, de una viva, que emerja del aquí y el ahora. Y esto no puede sino ser efecto de las luchas sociales.

Esta saturación a la que se refiere Fernández-Savater tal vez pueda pensarse como un modo de escaparle al vacío, a la intemperie incierta del presente. Llegamos a la realidad tan cargados de anticipaciones y certidumbres que no hay lugar en nosotros para la aparición de algo nuevo. Pienso —como hipótesis que surge a partir de la lectura del libro— que quizás no solo nos falten imágenes, sino también fantasías. Fantasías sociales, políticas. Manteniendo siempre el sentido erótico de la palabra. *Habitar y gobernar* deja abiertas este tipo interrogantes, estas líneas y problemas, para seguir pensando el desacople entre los cuerpos y las imágenes que estos tienen sobre la transformación social.